

Cariñosa Voz del Llano

En nuestro estante de libros de poesía venezolana, hay un volumen de pequeño formato, en cuya primera página aparece pegada una tarjeta, escrita a máquina, con el siguiente texto: "Nota: Este libro lo compré en un remate de libros viejos, en 1945, en Caracas; y a pesar de llevar tan bella dedicatoria para uno de nuestros más elogiados escritores, el libro estaba completamente virgen, sin ninguna de sus hojas abiertas, tal como debió salir de la imprenta. Mi abridor de libros fué el que por primera vez rasgó estos pliegos, amarillos ya, para leer su contenido".

No podemos ni sospechar qué trayectoria había seguido durante más de treinta años este libro. La dedicatoria mencionada es manuscrita, con muy bella caligrafía, y suprimido el nombre del elogiado dice textualmente: "A X. X., cerebro de Hugo y corazón de niño. Con mucho afecto, El Autor".

La tarjeta antes transcrita la puso en el libro quien esto escribe ahora. Se quiso hacer constar un caso más, entre los muchos posibles, de la desidia y despreocupación con que aun grandes escritores nacionales han solido mirar los libros de sus colegas. Bien pudo ocurrir que el ejemplar que tuvimos la suerte de conseguir, no hubiese llegado a su destino. Pero no deja de sorprender que a lo largo de tantos años de correr por ahí, a nadie le ocurrió siquiera curiosarse algo más de lo que se leía entre los folios sin abrir.

Ese libro se publicó en Caracas el año 1911, y se titula "Musa Llanera". Su au-

tor acaba de morir hace dos meses y se llamaba R. Carreño-Rodríguez. (1)

Era un poeta cuya lira sólo de tiempo en tiempo se dejaba oír. Casi ni se sabía de su vida retirada en la capital aragüeña, dedicado al ejercicio de su profesión de abogado. Por eso, no es de extrañar que gente joven preguntase al ver la noticia de su muerte en los periódicos, que quién era ese poeta del cual apenas si tenían noticia que existiera.

Y sin embargo Carreño-Rodríguez representaba en nuestra poesía uno de los valores de aquel movimiento nativista, que apegado al terruño patrio y a las características de nuestras varias regiones, se esforzó por producir una obra llena de objetividad. Con Udón Pérez en el Zulia, José D. Tejera en la montaña andina, Sergio Medina en Aragua, y otros más, Carreño-Rodríguez vino a ser el acuarelista poético de su tierra nativa, el llano. El mismo nos revela sus sentimientos en las breves líneas de introducción a su "Musa Llanera", al decir: "De niño, gozando sin ataduras de

(1) Rafael Carreño-Rodríguez era nativo de Calabozo, la gran ciudad llanera por antonomasia, capital que fué del Estado Guárico. No hemos podido saber la fecha de su nacimiento. Murió en la ciudad de Maracay en diciembre de 1948. Su obra publicada es: Musa Llanera, Emp. El Cojo, Caracas, 1911, 82 p.; Pastorelas, Tip Universal, 1927, 183 p.; Pajarera Sinfónica, Caracas, Editorial Elite, 1944, 53 p. Publicó también varios trabajos de carácter jurídico durante los largos años dedicados a su acreditada profesión de abogado.

mi verde pampa, corté gajos como la miel, y fragante púrpura", y añade que cultiva en su alma "esas cosas sencillas que cria, para su adorno, la tierra de mi cuna".

"Musa Llanera", — en un alarde nítido y sobrio de magnífica presentación tipográfica—, es fundamentalmente un sonetario, ya que treinta de su total de treinta y seis composiciones, están escritas en la clásica forma de los catorce versos.

Nos introduce a lectura del libro una composición en sabrosos y sinceros versos del gran lírico, también llanero, A. Arvelo Larriva. Este nos presenta a Carreño-Rodríguez con frases sentidas y concisas:

"¡Joyerero inicial de su oro,
y ya nos regala un joyel!

Venezolano, guariqueño,
¿qué mucho si dice un cantar?
¿No le arrulló la pampa el sueño
con la música del palmar?...
Y luego nos exhorta a la lectura:
"Oíd la charla de esta musa
llanera, que luce gentil"

Y desde los primeros cantos el poeta nos va haciendo ver y sentir los más variados temas de fresca y sencilla poesía. En cada trozo de nuestra inmensa llanura, su verso nos va señalando con primorosa objetividad formas, luces y colores... Todo estaba allí, tranquilo y perenne, y sólo faltaba el espíritu observador, que con cariño y dominio de las palabras, recogiese el mensaje de belleza espontánea y original. En *Alma y lienzo*, una de las mejores composiciones de este libro, hallamos esta manera sobria y dúctil de apuntar hacia las cosas bellas de la llanura:

"Fresca brisa. Tarde pura.
Miro absorto la llanura,
y me embarga la emoción;
.....
A la linde de un otero,
vocaliza un madrigal
un alado cancionero.

En el lienzo de la tarde
Se dibuja la sonrisa
de una flor que tiembla y arde.

Y mi mente visionaria
peregrina por la altura,
y se baña en la dulzura
de la estrella solitaria". (p. 10-12)

Y el poeta no pasa rápido por los objetos que nos señala, sino que en sus palabras muestra que los ha observado con detención, ha precisado rasgos de fina belleza, y ha buscado luego la frase propia con que expresarlos. Un ejemplo, casi al azar, de la composición *Sabana*, nos lo prueba. De las ocho estrofas de esa composición, la segunda nos indica la presencia de un río en el paisaje; y bastan cuatro versos concisos para que admiremos la gracia y limpidez de sus aguas cantarinas, en cuya superficie, al reflejarse las ramas de los árboles forman caprichosos dibujos. Véase la estrofa:

"En su fuga sonora lanza el río
una lluvia de perlas en las gramas,
y refleja el azul, claro de estío,
y el móvil arabesco de las ramas".

(p. 7)

En "*Musa Llanera*" se advierte que el poeta, aunque esmerado y diligente en la ejecución de sus versos, y aunque dueño ya de cierta soltura y dominio de la expresión, —todavía no lograba completa facilidad, especialmente en el uso casi exclusivo de combinación tan exigente como el soneto.

Pero cuando dieciséis años después de publicado su primer libro, dió a las prensas, en 1927, su nuevo sonetario con el título de "*Pastorelas*", todo lector pudo comprobar que Carreño-Rodríguez era ya un poeta en el pleno y justiciero sentido de la palabra. La diligencia y laboriosidad de su trabajo literario, daban por resultado un mayor dominio de la expresión artística y una más acabada calidad en la estructura total de sus sonetos. Algo referente a esa laboriosidad tan provechosa, y a ese afán de perfeccionamiento del verso y de la estrofa, está expresamente explicado por el mismo Carreño-Rodríguez en el prólogo de este segundo libro. Sus ideas a este respecto son atinadas; alguien las tildaría de casi parnasianas; pero el propio poeta supo en la práctica encontrar un término medio artístico: ni la excesiva frialdad escultórica del parnasianismo, ni la ramplonería perezosa que pretende escudarse con el título de popular.

En "*Pastorelas*" la combinación de catorce versos la emplea el poeta no solo con los endecasílabos (el propio soneto), sino también construye sonetos alejandrinos y sonetillos en arte menor.

Precisamente en "alejandrinos" quedó apresado uno de los más valientes y originales momentos de su inspiración. Con el título de *Tierra Santa*, —aludiendo al llano—, Carreño-Rodríguez se arranca con vehemente y cortado dramatismo en estas viriles frases:

"Yo miro, solo y mudo, mi silente
 (sabana.
 Va creciendo mi alma. La emoción me
 (la estira.
 Como que me la inunda la inmensidad
 (que mira.
 Parece que la tierra, súbito, quedó
 (llana)".

Y luego, en los tercetos finales, crece la emoción del bardo bajo la misma idea que lo posee, y continúa:

"La vista no se cansa de ver el suelo
 (raso.
 Si camino un momento, sin saber que
 (camino,
 los cielos se interponen para cortar mi
 (paso.

Me quedo pensativo mirando la llanura
 (ra,
 mirándola, mirándola. Pronto inter-
 (preto el sino
 de que Dios vive en ella, porque el
 cielo la mira!" (p. 5-6)

Salvo el último verbo que resta gracia al final del verso, creemos que estas estrofas encierran fuerza y expresión admirables. Nadie antes nos había expresado en tan cortas líneas el sentimiento de grandiosidad que inspira el llano. Al hombre sobre esa llanura "le crece el alma", porque la emoción "se la estira", dice el poeta; se camina y no se sabe que se camina, tan grande y tan llano es aquello. Y al fin no le queda otra cosa que hacer sino quedarse mirándola!, mirándola!!! El poeta, en esa repetición de un gerundio de continuidad, ha encerrado todo un tesoro de emoción.

Y nótese que este soneto que superficialmente podría tomarse como poesía meramente objetiva, es precisamente de un valor íntimo, subjetivo, grandísimo: en sus versos se ha volcado toda el alma del poeta que rompe a hablar, con frases cortadas y nutridas de sentido, al querer decirnos qué se siente en mitad de la llanura sin límites. Y cuando ya no sabe qué más decirnos, nos lo dice todo al declarar que allí se siente a Dios!

Sólo un soneto como éste, ya acredita a Carreño-Rodríguez de notable poeta.

En otro orden de expresión, pero lleno de originales pensamientos y graciosas formas de lenguaje, es magnífico el soneto "*La fuente*". Lo copiamos entero porque el lector gustará de sus versos:

"Huye del peñascal y se cobija
 bajo el verde frescor de la vertiente,
 aunque le dañe el pie veloz la guija,
 que es un ascua de oro en su corriente.

Su mano pulcra presurosa lija
 las durezas del cauce; y va riente,
 sin que nadie en el bosque la dirija,
 con un rayo de sol sobre la frente.

La miman primaveras y otoños,
 cuando las hojas vuelan del ramaje,
 ya mustias, o él se enoja de retoños.

Y está más bella si locuaz y tuna
 pregona en la tiniebla del paisaje
 que se ha roto el espejo de la luna.
 (p. 71-72)

A los autores de las modernísimas escuelas, que creen haber descubierto ellos las nuevas figuras poéticas, les gustará encontrarse con que sin mayor alharaca de originalidad ya Carreño-Rodríguez sabía hablarnos del agua que corre en una fuente como del espejo que se le ha roto a la luna!

De acabadísima forma, que linda en lo parnasiano, es el soneto "*El sol caballero*", (p. 81-82). Y como precisas y preciosas miniaturas en las que palpita intenso cariño nativista, mencionemos siquiera, entre muchos sonetos, los titulados "*El Bohío*", "*Tropical*", y "*La siesta*". Y penetrando en el alma popular, el poeta logra interpretar todo el sentimiento y la tristeza que en las disimuladas notas de su canto echa afuera ese típico personaje del llano que es "*El Cantador*".

"Yo escuché un llanero. Cómo sugería
 su voz la tristeza con que se agiganta
 la emoción del vuelo contenido, y
 (cuánta
 lágrima en suspenso su copla tenía!

.....
 Y las ironías y las travesturas
 y el viril alarde de tantas bravuras
 eran la sonrisa de sus hondas quejas!"
 (p. 17-18)

No es, pues, como ya lo hemos indicado antes, la poesía de Carreño-Rodríguez

guez meramente descriptiva, ni de un objetivismo de fotografía sin alma. No pocas veces, ante el motivo externo que hace sonar sus versos, no puede reprimir sus propios sentimientos, y los combina sobriamente con el tema objetivo. Muestra particular de esta actitud es la linda composición, de ligero sabor virgiliano, titulada "Pastoril". En ella el poeta ensaya una estrofa que nos parece original suya, pues no recordamos haberla visto en ningún otro poeta. Es algo que imita a la lira, pero con versos de arte menor: son cuatro octosílabos, y separándolos después del segundo, entra un verso de cuatro sílabas; la rima es perfecta entre el primero, tercero y quinto, y entre el segundo y cuarto. Es una combinación juguetona y rápida, que sirve a maravilla para el género pastoril en que está usada.

Pocos años hace publicó Carreño-Rodríguez su último libro. Contiene veinticinco nuevos sonetos, de tema también

llanero, y de iguales características que los anteriormente publicados. Lo tituló "Pajarera Sinfónica", tal vez como evocando lo que en una de sus composiciones de las "Pastorelas" había él dicho de sí mismo: que su dulce ambición era

"vivir como el turpial, que ama y
(modula

bajo el sereno azul, sobre la pampa.'

Se ha dicho que el poeta dejó inéditos varios tomos de poesía. Ojalá que alguna mano providente se encargara de espigar en ellos todo lo que amerita ser publicado, para mayor gloria del desaparecido cantor, y enriquecimiento de nuestras letras. Entretanto, con sobra de méritos deberá tenerse en cuenta al autor de los tres libros aquí ligeramente analizados, para hacerle figurar en el cuadro de la literatura nacional en el puesto que justicieramente le corresponde.

Pedro P. Barnola, S. J.

(Viene de la Pg. 71)

marcesible: "Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso".

Yo sé que esta es la verdadera tradición venezolana; que nuestros maestros la llevan en sus propósitos; que mis palabras no son en realidad sino el eco de lo que ellos tácitamente me han sugerido con su conducta ejemplar.

Por eso he querido deliberadamente apartarme de la exposición de principios que anuncié para acercarme a ellos especialmente con estas particularidades tomadas de nuestra labor cotidiana. Yo sé que mis palabras han de confortarlos en la lucha que realizan, así como a mí me estimula saber que puedo confiar en ellos para esa defensa que les pido de la justicia y de la Patria.

Enero 5, 1949.

(Viene de la Pg. 69)

ras, concienzudas exploraciones de esta escuela, con el tiempo, aportarán más luz y seguridad y abrirán y dilatarán los horizontes de esta importante materia.

BIBLIOGRAFIA:

Guglielmo Schmidt.— *Manuale di Storia comparata delle religioni* - 3a. edizione. 1943. "Morcelliana", Brescia.

Dr. Aleksandar Gabs.— *Religija i magija u povijesti Ijudskog roda*, Zagreb (Croacia) 1946.

TOMAS MARKOVICH, S. J.